

# TRE S CUENTOS

**Manuel de Atocha Rodríguez Larios**





**Tres cuentos**

Manuel de Atocha Rodríguez Larios

© **Primera Edición 2005**

Fundación “Dr. Enrique Peña Gutiérrez” A. C.  
Mocorito, Sinaloa, Mayo de 2005

**ISBN: 968 – 7300 – 97 – 17**

Todos los derechos reservados a:

Fundación “Dr. Enrique Peña Gutiérrez” A. C.

Edición con fines culturales no lucrativos

**Hecho en México**

*Printed in México*

**Dedicatoria:**

A mi esposa, a quien debería atender pero cede  
a mis escritos el tiempo que le pertenece.

A mis hijos que siempre me han respaldado

A mis nietos que gustan de leer mis cuentos

A Gloria Mendívil Quiñones, quien me anima  
a participar en los concursos de cuento.



## PROLOGO

Mi apreciada amiga Gloria Artemisa Mendívil Quiñones me habló un día para decirme que había llegado a la Coordinación COBAES, Zona 02 una convocatoria para el certamen de cuento promovida por la Fundación Dr. Enrique Peña Gutierrez.

De momento no me decidí a participar pues la Convocatoria pedía un mínimo de treinta cuartillas y los cuentos que he tenido la osadía de escribir, son angustiosamente cortos: ninguno ello llega siquiera a quince. Encontré, sin embargo, un pequeño resquicio: podía uno mandar hasta cinco cuentos con la condición que tuviesen unidad literaria.

Trabajosamente reuní este grupo de tres cuentos entre varios que, en calidad de esperanza se arrellanan en las entrañas mi computadora pues todavía no he tenido el atrevimiento de interrumpir su proceso de incubación y cometer la villanía de sacarlos a la luz. Se debe tomar en cuenta, además, mi humilde condición de cuentista, es decir artesano de la pluma y los artesanos tenemos que trabajar mucho para sacar un producto medianamente aceptable.

Cuentan los biógrafos de Antoine Saint-Exupery que por cada página entregada a su editor había desechado por lo menos cien cuartillas ¡Si un gigante de la pluma como Saint-Exupery trabajaba en tal forma sus obras, imaginen ustedes con qué cara presenta uno los trabajos sin corregir y corre-

gir y corregir! En este género, de veras, hay que arrastrar el lápiz.

La unidad que tienen estos cuentos es que todos muestran personajes que ejercen una justificada violencia, sea en la revolución mexicana, en la defensa de un pueblo contra actos reprobables o en el cumplimiento de órdenes aparentemente ilegales.

Escogí como platillo fuerte a ¡Mi general! porque soy un apasionado admirador del general Rafael Buelna, de su figura histórica y de su grandeza como militar, como puede advertirse entre sus líneas, un cuento un poco cruel, porque está dedicado a quienes hicieron la Revolución Mexicana quedando triturados, reducidos a la nada, si no se prendieron de las ubres del poder ejercidos por caudillos. Después nadie les dirigió siquiera una mirada.

Cuando escribí los nueve primeros trabajos de mi libro "Jaquiviri y Otros Cuentos" publicado gentilmente por COBAES, quedó pendiente cerrar el ciclo de los temas que tratan de costumbres y leyendas que he podido encontrar sobre los pobladores prehispánicos del valle del río Sinaloa, y para cerrar este ciclo de cuentos ubicados en un contexto de la vida en el esplendoroso valle del río Petatlán, antes que los hispanos llegaran con su civilización a cambiar de raíz toda la cultura de los primitivos habitantes de nuestra región, para esto, pues, nada mejor que la casi mítico naufragio de don Diego Hurtado de Mendoza a las costas de lo

que hoy es el Norte de Sinaloa y la desaparición, de los integrantes de la expedición que comandaba sin dejar más vestigios que una hebilla, un talabarte y algunos clavos en poder de los indígenas.

“Quilá”, por su parte, abordando un tema aparentemente manido, me dio la oportunidad de rescatar uno de los problemas más angustiantes que flagelan a nuestro País: la incapacidad de las autoridades para impartir justicia en forma eficaz por inconsistencia del sustento legal, inexistencia de tecnologías verdaderamente modernas y la carencia de recursos humanos eficientemente capacitados en ciencias criminales, de tal manera que sin duda se ha tenido que recurrir a la utilización de abominables métodos ilícitos para ejercer una justicia reclamada por toda la sociedad.

Deseo de todo corazón que a mis compatriotas sinaloenses les gusten.

Guasave, Sin., mayo de 2005

Manuel de Atocha Rodríguez Larios



## ¡ MI GENERAL !

Por ser compañero de armas y pariente del general Rafael Buelna Tenorio, tuve el privilegio de formar parte de la Comisión designada para exhumar sus restos y llevarlos a Culiacán, Sinaloa, donde más tarde serían sepultados en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Era el único civil, pero me sentía soldado; es más, nunca había dejado de ser un soldado; tanto como cualquiera de los demás integrantes del grupo, militares que todavía eran unos niños cuando nosotros, sufriendo fatigas y peligros, enfrentando balas y hambres nos unimos a Buelna en lo más duro de la Revolución; cuando seguimos a Rafael atraídos por su valentía, arrastrados por su arrojo. Tiempos en que luchábamos y moríamos por ideales.

Once años después regresaba a Morelia, donde lo mataron como quien dice para nada. Acuérdense que el general Enrique Estrada,

unos cuantos días después de tomar la plaza, la evacuó sin presentar batalla. Yo comandaba la *Brigada Bacamopa*, como llamaban a la guardia personal de Rafael, y le pedí al general Estrada, entrañable amigo de Buelna, nos permitiera conservar la unidad. Nos encuadró en el 7º Regimiento. Todos nos quedamos; teníamos ganas de ir al frente y entrar a combate, tal vez buscábamos la muerte para seguir con Rafael; allá, donde estuviera.

Todavía era temprano cuando llegamos al hotel donde habríamos de pasar la noche. Al bajarnos del automóvil se abrió la gran puerta encristalada y salió un hombre uniformado. Me impresionó la dignidad con que caminaba, su mirada franca y su actitud tranquila; entonces lo reconocí: ¡Era Jesús Carbajal! Encanecido casi por completo pero muy derecho, portando con marcial orgullo un espléndido uniforme lleno de entorchados, con charreteras así de anchas. Su gran bigote gris lucía

poblado, puntiagudo. El sol poniente hacía destellar la dorada botonadura de su guerrera.

Una infinita nostalgia inundó mi corazón al reencontrar a este revolucionario valiente y honesto. Viendo su alto quepí, sus immaculados guantes blancos y su elegante chaquetón de corte militar, pensé: "Este hombre se ganó los ascensos a base de valentía y bravura en el combate". Me alegraba que hubiese progresado en el ejército, pues guardaba para él un afecto profundo nacido de su desinteresada fidelidad hacia el general Buelna.

Mil recuerdos borraron todo pensamiento y volví a vivir aquella noche de febrero cuando la gente, en derredor a las lumbradas donde se quemaban durmientes arrancados de la vía férrea, apenas alcanzaba a calentarse las manos. Nada nos cubría del terrible frío que durante el invierno corre por el valle del río

Santiago. No muy lejos, junto una fogata el general Estrada conversaba con el mayor Antonio Montúfar, de la 24ª División; venía por pertrechos. Removí los rescoldos, serví una taza de café bien caliente y la ofrecí al recién llegado. Me reconoció al instante.

- Capitán, Usted comandaba la escolta de mi difunto general Buelna. ¿Hermano?

- No, mi Mayor. Éramos primos.

- Llevaré vituallas y municiones para las fuerzas de mi general Salvador Alvarado y necesito veinte hombres. ¿Cuántos le quedan?

- Catorce mi Mayor.

- Valen por los veinte. Me los llevo.

Y dirigiéndose al general Estrada agregó:

- Mi General, estos elementos bastan para mi resguardo; los he visto combatir y además conozco al capitán Tenorio.- Se quedó pensando un momento y luego dijo:

- Capitán, confío en usted y su gente, pero tengo cierta desconfianza hacia Carbajal, ese actorcito que anda con su brigada; me da la

impresión que en la primera tracatera se nos va a rajar.

- No mi Mayor. Respondo por él.

- Bien. ¡A ensillar!

En la madrugada grande caminábamos por el cauce de un arroyo. Habíamos tomado pocas precauciones pues el terreno era nuestro y las bestias, cargadas con armas y parque, trotaban silenciosas. La suave arena amortiguaba el sonido de sus pisadas. Yo traía del ronزال una mula donde acomodamos nuestras ametralladoras, aquellas que el coronel Rafael Garay quitó a los federales cuando les partimos el hocico en Sautla. Entre los buelnistas se conocían como las "Potrancas", porque Garay, después de lazarlas con la reata, las arrastró hasta nuestras líneas al galope de su yegua alazana, con todo y los pelones de la dotación.

Nadie hablaba, cada quién llevaba lo suyo. Yo traía en el alma un agujero; un pozo de triste-

zas. Por lealtad al general Rafael Buelna habíamos dejado mujer, familia, casa y querencias para enfrentarnos al cansancio, al sufrimiento, a la muerte. Acompañamos a Rafael desde mil novecientos trece hasta el año quince cuando depuso las armas por diferencias con Villa. Volvimos en 1919 cuando la sublevación obregonista y por último el 23 cuando él, Estrada, Arnaiz y Alvarado se pronunciaron contra el presidente Obregón. Nomás nos echaba un chiflido y regresábamos a combatir a su lado. Lo mataron; nos lo mataron y andábamos como perros apaleados, sin saber qué hacer.

Palpé con amarga nostalgia la Colt .45 que Rafael me regaló cuando arribamos a Morelia, la misma mañana que lo levanté lleno de lodo y sangre, paralizado, muriéndose de aquél balazo que le destrozó las entrañas.

Se me emparejó una cabalgadura; era Carbajal. Habló muy quedito:

Martín, tu sabes; nunca acepté los ascensos que me ofrecía Rafael, prefería andar a su lado, como lo hice desde el principio, por si acaso necesitase alguna cosa. Pero la noche antes del día... del día...-

Se le quebró la voz, carraspeó y dijo como en un sueño:

Me prometió el grado de coronel después de tomar Morelia.

Ahí estaba yo, esperando a Rafael, cuando firmó, sobre la mesa del vagón el despacho de tu ascenso. Para mí eres coronel, pues.

- Ese documento desapareció. No vale la pena hacer reclamaciones, sobra con que tú lo sepas, al fin que sin mi general Buelna somos... ¡somos nada!

Seguimos cabalgando en silencio, pensando y pensando.

Clareaba la mañana cuando escuchamos una serie de detonaciones arrafagadas. Las identifiqué, provenían de fusiles semiautomáticos

Mondragón, orgullo de la industria bélica nacional; armas terribles por su capacidad de fuego. Carbajal, quien marchaba a vanguardia, se dobló sobre el arzón de su montura. El mayor Montúfar acicateó su garañón zaino y, a galope tendido, atacó la posición enemiga disparando la cuarenta y cinco reglamentaria.

-¡A la carga muchachos! Grite, y picamos espuelas contra la emboscada federal haciendo fuego a discreción con las tercerolas Máuser. Ladraron de nuevo los Mondragón. Los *cuates* Heráldez: Rito y Camilo, que galopaban a mi izquierda disparando sus fusiles mientras insultaban soezmente a los "pelones", cayeron juntos tal como habían llegado al mundo y, unos metros adelante Paciano Rojo, hermano de mi esposa, se derrumbó con la carótida seccionada por un proyectil, queriendo detener, con sus manos, el rojo manantial de sangre que brotaba de la herida. Mi primo José Tenorio, heredero de los ojos verdes y la osadía de mi abuelo, acometía junto a mí cuando recibió en pleno

pecho una ráfaga de proyectiles de 7 milímetros; quedó con la cara al sol, mientras su caballo, herido también de muerte, siguió adelante, desangrándose. No duró mucho la escaramuza; cuando llegué a los peñascos donde se habían parapetado los federales; solo quedaba uno, malherido.

Montúfar, pálido y respirando con dificultad, se acercó; se veía muy mal. De las comisuras de sus labios corría un hilo de sangre; el dolor contraía su rostro. Me transmitió sus órdenes:

-Capitán Tenorio, queda Usted al mando. Voy a Colima por refuerzos. Me llevo a Carbajal, Sosa y Camacho que están heridos. El santo y seña será *Mocorito*.

Enterramos los muertos, todos juntos, todos soldados, todos mexicanos, todos valientes. No eran ya contrarios ni nuestros, solo víctimas de un enfrentamiento fratricida que solo se justificaba por el anhelo de vivir en libertad.

A media tarde reanudamos nuestro camino, alertas, decididos. Amarré la rienda de mi potro en el aparejo de una mula y, pie a tierra, tomé la vanguardia. No quería caer en otra emboscada.

Poco antes del ocaso, escuché ruidos de cabalada. Desplegué a mis hombres entre los árboles, listos para el combate. Cuando la columna estuvo a tiro vimos el estandarte; eran soldados del 8vo. Batallón, gente del coronel Crispiniano Anzaldo, uno de los militares sublevados. Les pedí el santo y seña:

¿Quién vive?

“*Mocorito*”, respondieron.

Ignorando que Anzaldo había defecionado del estradismo, salimos al camino con las armas en bandolera. Cuando menos acordamos, nos tenían rodeados, con cartucho cortado. Hubiera sido estúpido oponerse. Nos rendimos sin hacer un solo disparo. El jefe de la partida me

contó que al filo de medio día habían encontrado, agonizante, al mayor Montúfar quien tampoco sabía de la traición del Coronel, así que sin sospechar nada, les dio el santo y seña. Sosa y Camacho quedaron prisioneros. Carbajal escapó. Tiempo después supe que había causado alta en el Ejército con grado de sargento.

El general Gonzalo Escobar, jefe de las fuerzas gobiernistas, me recibió con afectuosa cortesía, pero fue categórico en su advertencia.

- Antes de morir, el mayor Montúfar me informó que ustedes integraban la escolta de mi general Buelna y son sus parientes ¿Es cierto?

Sí mi general. Todos. Quién más, quién menos, éramos familiares de Rafael.

- Váyanse. Regresen a Sinaloa y pónganse a trabajar. Si los vuelvo a encontrar con un arma en la mano los fusilo. ¿Entendido?

Salimos a pie, por entre el monte y no paramos hasta llegar a Mocolito, por ahí como a mediados de mayo.

Durante nuestra larga caminata pasamos muchos sobresaltos y privaciones, pero más que todo tristeza, tristeza profunda por la muerte, de Rafael a quien la mayoría de nosotros habíamos acompañado desde su primer levantamiento, cuando era un joven desconocido a la cabeza de cincuenta hombres armados con carabinas viejas, pobremente avituallado, amunicionado a medias y como remate sin dinero ni buenas cabalgaduras. Desde entonces Carbajal ya venía con él. Se habían conocido en Los Angeles donde sobrevivían cortando césped en el Elyssean Park.

Carbajal, telegrafista de oficio, había hecho teatro con cierto éxito en la ciudad de México. En ese tiempo los *latin lovers* eran muy solicitados en Hollywood, futura meca del cine norteamericano. Carbajal era bien parecido y muy buen actor por lo cual, seguramente hubiese triunfado como astro cinematográfico, pero su destino

era otro. Desde sus primeras conversaciones comprendió al hombre gigantesco que moraba en aquél joven flaco, de voz vehemente, y cuando Buelna regresó a México no lo pensó dos veces; renunciando a la posibilidad de lograr fama y fortuna, acompañó a su amigo, dispuesto a jugarse la vida por él.

Rafael Buelna llegó a Hermosillo, Sonora, donde el general Álvaro Obregón tenía acuarteladas sus tropas. El Caudillo no ignoraba quién era Rafael Buelna pero, desentendiéndose del nombramiento de coronel, firmado por el general Martín Espinoza, le negó ayuda no obstante que el joven rebelde había refrendado su lealtad al maderismo y, en múltiples ocasiones, había probado una viril valentía, certera visión táctica y ante todo extraordinario don de mando.

Decepcionado y molesto por el desprecio de Obregón, Rafael bajó entonces a San Blas, Si-

naloa, para entrevistarse con el general Ramón F. Iturbe donde el famoso revolucionario había acantonado sus batallones. Sin explicación alguna, Iturbe le dio con la puerta en la nariz. Molesto por la increíble cerrazón de los dos caudillos, Buelna reafirmó su objetivo de conquistar Tepic antes de seis meses; Se lo había prometido a Luisa Sarría, su futura esposa y estaba decidido a cumplir su palabra. Lleno de justificada cólera, inició una relampagueante marcha al Sur, caminando por veredas perdidas de la región alteña donde reclutó gente en ranchos y caseríos.

Una treintena de amigos y familiares, pura raza Buelna y Tenorio, lo esperamos cerca de Mocorito; a la pasada nos unimos a su grupo; desde ese día lo seguimos con fe ciega, arrastrados por su valor, su inteligencia y su hombría; solo nos molestaba la presencia de Carbajal, aquel compañero que Rafael se trajo del destierro; nos caía como patada de mula en el estómago

pues no aguantábamos su costumbre de recitar constantemente a Cervantes o a Sor Juana. Allá íbamos por lomeríos y llanos y cerros y cañadas; nosotros cantando y él, hable y hable. Ni quien lo callara.

En la batalla de San Ignacio cambié de opinión; entonces comprobé la clase de hombre que era nuestro extraño compañero. La tercera compañía del 4º batallón de infantería huertista estaba atrincherada dentro de la casa de gobierno y contaba con suficientes vituallas y municiones para resistir un largo asedio. Cuando menos esperábamos, Carbajal, luciendo una casaca colorada, disparando su revólver 32.20 y blandiendo un sable en la mano izquierda, cargó sobre el flanco enemigo, al tiempo que lanzaba órdenes de guerra con su potente voz. Solamente le quedaban 24 hombres pero, con los estampidos de las 30-30 y la gritería endemoniada que hacían daba la impresión que estaba atacando todo un regimiento. No tuvimos tiempo de apoyarlo; cuando se organizó el ataque en forma, Carbajal, con unas cuantas bajas, ya había cap-

turado noventa soldados, un teniente y cerca de cinco mil cartuchos. Terminado el combate, guardó la casaca en su macuto y envainó el sable sin hacer comentarios. Después, en los vivaques, soltaba la carcajada imitando la cara que ponían los pelones huertistas al verlo atacar su reducto uniformado como húsar del siglo XVIII.

Como es sabido, el general Buelna Tenorio tuvo serias dificultades con el general Álvaro Obregón. Por obscuras razones, el tendero navojoense menospreciaba y postergaba a Rafael, soldado valiente, brillante estratega y, sin duda, uno de los jefes más limpios que tuvo la Revolución Mexicana. Lo hostilizaba encomendándole misiones sin relevancia alguna; otras veces lo humilló enviándolo a retaguardia y además quitándole a sus mejores hombres, leales veteranos de lucha en la montaña o avezados jinetes acostumbrados a realizar largas jornadas sin descanso. En más de una ocasión lo

relevó del mando de tropas, forjadas por el mismo Buelna, para incorporarlas a unidades de otros jefes. Rafael, siempre disciplinado, obedecía las arbitrarias e injustas disposiciones hasta que la situación hizo crisis en Ixtlán, pueblo nayarita donde Rafael tomó preso al general Álvaro Obregón y ordenó pasarlo por las armas. La providencial llegada del general Lucio Blanco, conocedor de la nobleza de Buelna, logró atemperar la justificada ira del dolido jefe sinaloense y consiguió perdonara la vida a Obregón. Durante el conflicto, Carbajal había transmitido decenas de mensajes que se cruzaron entre Buelna y el presidente Carranza. Ahí estuvo el viejo amigo, dale y dale al telégrafo.

Después de este álgido episodio Rafael se adhirió al villismo. En esta época sufrió muchas decepciones pues el Centauro del Norte daba preferencia a las tropas bajo su propio mando y no le proveía el necesario amunicionamiento, impedimenta ni bastimentos.

Pese a las serias dificultades que enfrentaba, esta fue una de sus más brillantes campañas; una etapa de batallas espectaculares que lo consagraron como estratega hábil e inteligente; entre estas acciones destaca la defensa del Paso de la Muralla y más tarde, acosado por las fuerzas de Iturbe, protagonizó la retirada militar más audaz y exitosa de la gesta revolucionaria.

El explosivo y ególatra carácter del general Francisco Villa tenía que chocar con el temperamento fogoso de Buelna y su lealtad al romántico ideario de Madero. Cuando Rafael comprendió las verdaderas intenciones de Villa, prefirió entregar sus tropas y exiliarse. Carbajal, en la estación de ferrocarril de Ciudad Juárez, escucho un mensaje telegráfico que le aterró: Villa ordenaba detener a Buelna y fusilarlo sin más trámites. Jugándose la vida, Carbajal entretuvo al telegrafista contándole absorbentes episodios de la lucha armada. Gracias a esta estratagema el jefe de la guarnición recibió tar-

díamente el mensaje; cuando el piquete de soldados llegó a la estación para detenerlo, Rafael a bordo de un tren formado por su vagón particular y la locomotora con la caldera a punto de reventar, ya había pasado la frontera de los Estados Unidos y viajaba sin peligro hacia el centro de Texas; de ahí partió a Cuba tratando de alejar su vida de las vicisitudes revolucionarias.

El diecinueve, poco tiempo después de regresar de La Habana, Rafael fue enviado a Tepic y nos mandó llamar. Carbajal, quien lo había acompañado en su duro peregrinar por el extranjero, seguía a su lado pero no estuvimos mucho tiempo en territorio nayarita pues los obregonistas andaban metiendo boruca como mil diablos en Zacatecas y nos fuimos con órdenes de aplacarlos. Con la rapidez que caracterizaba a Rafael, los pusimos en paz y regresamos a Sinaloa para sembrar nuestros pedacitos de tierra antes que el tiempo de aguas se nos echara encima.

Ya estaban oxidándose nuestras carabinas 30-30 cuando, a fines de 1923, Rafael se pronunció de nuevo, ahora apoyando a su viejo amigo y condiscípulo, el general Enrique Estrada. Muy jóvenes, los dos se habían sumado al movimiento de Madero porque odiaban el caciquismo dictatorial del general Porfirio Díaz. En esta ocasión ninguno de los dos estaba de acuerdo con el capricho del general Álvaro Obregón, entonces presidente de la República, cuyas maniobras mostraban abiertamente el propósito de imponer como sucesor a otro sonoreense: el también general revolucionario Plutarco Elías Calles. Allá fuimos de nuevo, con el respaldo de siempre, sus fogueados veteranos y también algunos jóvenes de la familia con ganas de pelear a las ordenes de nuestro jefe y amigo: el "Granito de Oro".

A raíz de la batalla de Ocotlán, donde la victoria favoreció a las tropas federales, el alto mando envió al teatro de las acciones al general Lázaro

ro Cárdenas con ordenes de obstaculizar el avance del ejército rebelde. Cárdenas, al mando de una unidad de refresco, fuertemente pertrechada y con sólidas líneas de abastecimiento, pensó sorprender a Buelna cuya caballería había viajado día y noche. Le presentó batalla en Teocuitatlán, Jalisco y se equivocó de medio a medio pues los buelnistas lo hicieron trizas. Entre los hombres capturados encontraron al general Cárdenas, mal herido en el vientre y casi desangrado por falta de médicos. Rafael, cuya calidad humana nunca ha estado en entredicho, se presentó ante el derrotado jefe gobiernista y perdonándole la vida, ordenó a Jesús Carbajal escoltarlo a bordo de un tren especial, hasta la ciudad de Guadalajara, donde pudo ser atendido de acuerdo a su jerarquía militar.

Pensé que Cárdenas, en agradecimiento, podría haber tomado a Carbajal bajo su protección aunque a decir verdad, siempre estuve se-

guro que el viejo ex-actor llegaría muy alto en el Ejército por sus propios méritos. Había sido un soldado revolucionario muy valiente y muy disciplinado.

Alto, esbelto, erguido, ¡Cómo lucía su lujoso uniforme! ¡Cómo brillaban los botonzotes dorados! Aunque yo andaba de civil, me le cuadré.

- ¡Mi general Carbajal!

Mis compañeros, todos ellos capitanes, mayores y coroneles de nuestro Glorioso Ejército Nacional, prorrumpieron en estruendosas carcajadas.

¿Qué te pasa Martín? ¿Ya no distingues a los militares? **¡Este señor no es general, lleva este vistoso uniforme porque es el portero del hotel!**

)

)

)

)



## GOIBÚSANI

Templados los arcos, revisadas las flechas y afilada la punta de sus lanzas, los cazadores estaban ya preparados para la acción; se movían inquietos ante la expectativa de iniciar la cacería en cuanto terminara la ceremonia propiciatoria.

Los *pajcolas*, cuyos pasos sostenidos al ritmo del tamboril, repetían la secuencia haciendo vibrar con sonido de víboras de cascabel sus ristas de resonadores, llamados *tenábaris*, atados sobre sus piernas. Entre tanto, los viejos cantores rituales imploraban a sus dioses la astucia, la rapidez, la visión, la tenacidad, la paciencia del cazador, la firmeza de su pulso y la fuerza de sus músculos.

Bajo la sombrosa verdura de un gigantesco macapule, su árbol totémico, los demás habitantes de la comunidad: hombres y mujeres adustos y silenciosos, esperaban la salida de los guerreros.

La partida, integrada por los mejores cazadores de la tribu, perseguiría a un feroz y viejo puma, el cual había victimado a una desprevenida jovencita mientras cortaba yerbas en el campo. Rastrearían implacablemente, buscando al animal, durante semanas si fuese necesario, para vengar a la adolescente. Sería sepultada cubierta por la piel del felino. Yo'óco, Tigre, primogénito de Caama, el jefe de la tribu, había sido admitido en el grupo y luciendo en su rostro pintura de caza, mostraba, con fatua presunción, un bello y poderoso arco y su carcaj pletórico de flechas. No muy lejos, otro adolescente, escondido detrás del grueso horcón central de su choza, observaba con tristeza al grupo de cazadores

Oculto en la penumbra, el joven se comparó con Yo'óco, quien había sido adiestrado desde muy pequeño en el juego de hulama, la lucha, el tiro con arco y los secretos de la cacería. Por el contrario él, huérfano desnutrido y enfer-

mizo, vivía casi de la caridad al cuidado de dos hermanas mayores quienes ni siquiera le habían dado un nombre, simplemente lo llamaban Goibúsani que significa siete en su lengua materna, el Yorem'me. Parecía jabalí en tiempo de secas: flaco, desgarrado y con el pelo corto e hirsuto.

Goibúsani sufría lo indecible a manos de Yo'óco quien le daba de bofetadas siempre que lo encontraba, recibiendo, además las burlas de la pandilla capitaneada por el fortachón hijo del jefe. Para colmo de males sus hermanas lo azotaban duramente cada vez que llegaba a casa revolcado y con la nariz sangrante.

A pesar de su figura enteca, Goibúsani era resistente y había aprendido a cazar para sobrevivir a base de obstinada dedicación. Había matado varios venados cuyas colas adornaban su collar, pero los mandones de la tribu dijeron que carecía de méritos para acompañarlos. Ser enclenque y apocado siempre han sido atributos poco recomendables para un cazador.

Mientras el brujo del poblado amortajaba el cadáver de su vecina, las hermanas de Goibúsani, elevaban sus alaridos rituales junto a las demás mujeres como contrapunto del llanto de padres y familiares de la víctima. En las hogueras de leña de mezquite, las liebres y guajolotes se cocinaban a fuego lento junto los venados aderezados con yerbas aromáticas y, al mismo tiempo, las mujeres acuclilladas frente a los metates reiniciaron, con sus rítmicas palmadas, el ancestral arte de hacer tortillas. Jícaras rebosantes de jugo fermentado de pitahaya circularon entre los hombres.

En la madrugada llegaron los cazadores. Venían satisfechos de la rapidez como habían logrado su propósito. Yo'óco descubrió al puma oculto en la espesura lamiéndose las garras todavía ensangrentadas; cuando el traicionero animal saltó sobre los cazadores lanzando un rugido, el adolescente lo mató de un solo disparo. Yo'óco era el héroe, había acertado su

flecha en el codillo del gato asesino, partiéndole el corazón. Yo'óco, Tigre, había honrado a su nombre.

Yo'óco, cargando la piel y la cabeza del animal se acercó a las fogatas encendidas junto al árbol de macapule donde se velaba a la muerta; debía entregar los despojos del asesino a los familiares de la joven. Los arreos de caza le estorbaban para caminar, así que dejó recargado en el tronco del árbol su arco, el bien surtido carcaj, su lanza, el puñal de obsidiana y el bule con agua mientras *Caama*, su padre, hinchado de orgullo dirigía la ceremonia.

Goibúsani, esperaba a sus hermanas acucillado junto al árbol donde Yo'óco dejó su equipo de cacería. El pulido arco, las rectas flechas y el hermoso cuchillo de obsidiana negra fueron una tentación irrefrenable; exponiéndose a los terribles castigos que se imponían a los ladrones, tomó las armas y arreos de su atormenta-

dor y sigilosamente escapó hacia el río donde una balsa de troncos flotaba en las oscuras aguas.

Desde temprano, los relámpagos presagiaban tormenta pero las primeras gotas de lluvia verdaderamente gruesas comenzaron a caer justo cuando el adolescente desataba las amarras. Utilizando la lanza de Yo'óco como pértiga para impulsarse, deslizó la balsa río abajo; ignoraba que una terrible tempestad caía con furia sobre la cercana sierra aportando miles y miles de metros cúbicos de agua a la apacible corriente sobre la cual navegaba. A media mañana la riada lo alcanzó uniéndose al viento y a la lluvia desatados con furia sobre el flaco espinazo del ladrón.

La balsa giraba locamente sobre sí misma. Goibúsani, atado sobre uno de los troncos, sujetaba su botín con terca decisión. La corriente no tardó en llegar al mar. Las olas za-

randeaban sobre sus crestas gigantescas la primitiva embarcación y después, en fracciones de segundo, lo lanzaban bailoteando hacia simas pavorosas. Goibúsani perdió el sentido.

Al despertar estaba en una larga playa; la mar en calma bañaba sus pies y la brisa matinal acariciaba su moreteado cuerpo. No lejos divisó troncos de la balsa y, a unos cuantos pasos, su recipiente para el agua; sentía un horrible malestar formado por angustia, náuseas y sed. El cuchillo, el arco y la aljaba de cuero llena de flechas seguían atados a su cinturón. Adolorido de brazos y piernas subió un alto médano para descubrir, con desaliento, que por el otro lado también había mar, pero la vegetación era abundante: Pitayas, aguamas, mezquites, y en la orilla que daba al litoral, boscosos mangles sombreaban caletillas de poca profundidad y transparentes aguas. Advirtió sobre la arena pequeñas bolitas grises: excremento de conejo; "

comida segura" pensó, alegrándose.

La Isla Larga tenía abundante población de animales silvestres: venados, mapaches, armadillos, tlacuaches, culebras coloradas, liebres, ardillas, tortugas y hasta una familia de jabalíes. Goibúsani no lo sabía, pero su estancia sería larga y habría de cazar muchos de estos animales para aprovechar pieles y carne. De vez en cuando se encontraría con alguna víbora de cascabel, pero guardarían mutuo respeto. Se bebió de un golpe toda el agua y, al tomar el último trago, se asustó; todavía tenía sed.

Preocupado por la falta de agua buscó un lugar donde hubiese arbustos verdes. No tardó en localizar un denso matorral y, excavando con el cuchillo junto a las raíces, encontró agua dulce a una razonable profundidad. Llenó su *bule* y bajando de nuevo a la playa invirtió casi todo el resto del día en rodear la

isla, larga y angosta. Uno de sus extremos no estaba muy lejos tierra firme, pero Goibúsani no se hizo ilusiones; no sabía nadar y la corriente era fuerte.

Comenzó a comer cangrejos y caracoles hasta hartarse y más tarde encontró millones de almejas blancas enterradas en la playa. Muchos peces, nadando descuidadamente en la orilla fueron alanceados para proveer la mesa del desterrado; tampoco tuvo dificultades para atrapar conejos y otros pequeños mamíferos, acechándolos con infinita paciencia y comió con fruición la carne aún tibia. Para completar su buena suerte, descubrió que los venados llegaban a nado la Isla Larga para aparearse. Absortos en sus idilios, los astados eran fáciles piezas de caza para Goibúsani quien, después de satisfacer su hambre, secaba y guardaba la carne sobrante. Utilizando las pieles de sus presas construyó un albergue, para resguardarse del frío y la lluvia, bajo un añoso mezquite ro-

deado de arbustos.

Estaba contento, vivo, libre de perseguidores y sin que nadie lo atormentara ni normara su vida. Días y estaciones se sucedieron. Con su dieta rica en proteínas, Goibúsani creció, desarrolló musculatura, adquirió rapidez en la carrera y se convirtió en un certero tirador con el arco. Su largo pelo ondeaba al aire proclamando su libertad. Seguro de sí mismo, adquirió una firme personalidad basada en una creciente autoestima.

En su niñez había visto cómo cruzaban el río crecido algunas personas valiéndose de vejigas llenas de aire y aunque no se hacía el ánimo de regresar a su tribu, la reunió suficientes para hacer flotar a diez hombres.

Un día se quedó pasmado viendo el horizonte. Una casa enorme flotaba a lo lejos del techo salían largos troncos, como si tuviera árboles

sembrados encima y tenían colgados grandes lienzos que ondeaban al viento; Goibúsani se espantó. Al siguiente día estaban mucho más cerca. Hizo unos fardos con las pieles atesoradas durante largo tiempo, las enterró en lugares que había preparado, desmontó su albergue, tomó varias vejigas infladas y con la adrenalina hasta el tope se lanzó al temible tramo de mar que durante una década lo aislara de todo contacto humano.

Una balsa ahuecada partió de la casa flotante, enfiló hacia donde el río, *su* río, entraba en la inmensa llanura de agua salada. Eran gente asaz distinta de la que él conocía; con ojos claros, pálido color de la piel y largos pelos en los rostros. Sus extraños gorros y ropas relucían, reflejando la luz solar.

Tomaron tierra. Goibúsani, experto en acechar y pasar inadvertido, vio el extraño ritual con el que uno de ellos, vestido con una larga túnica negra elevó hacia el cielo dos pequeños pedazos de madera cruzados mientras los demás

hincaron sus rodillas en la arena. El viento llevó a oídos de Goibúsani palabras que no entendió, los recién llegados hablaban un extrañísimo idioma. " *Para mayor gloria de Dios y en nombre de su Majestad Carlos Primero de España, tomo posesión de estas costas y sus ...*

El ilustre Capitán General Diego Hurtado de Mendoza, de noble cuna, sobrino del primer Virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza, desenvainó su espada forjada en Toledo y ordenó una salva de disparos de arcabuz para celebrar la toma de posesión. Goibúsani se asustó con el estruendo, sin embargo dominó su temor pues estaba acostumbrado a escuchar los retumbantes sonidos del rayo cuando las tormentas se abatían contra su isla solitaria. Tal vez hubiese sentido verdadero miedo si hubiese sabido que el trueno surgido de los artefactos extranjeros era un ominoso mensaje de muerte.

Acechados por Goibúsani los conquistadores avanzaron bordeando el río. No muy lejos corriente arriba, llegaron cerca de una populosa comunidad; en la ribera aledaña un grupo de bellas jóvenes desnudas tomaba un baño; no tenían temor alguno pues protegía su integridad una pequeña concha de nácar que colgaba de sus cuellos, símbolo de virginidad, tradición respetada por propios y extraños en todo el valle. Los soldados, en su mayoría eran aventureros sin escrúpulos por lo que, enardecidos ante la vista de las hermosas aborígenes desobedecieron las órdenes de su comandante y se lanzaron en tropel para saciar sus bajos instintos en las desprevenidas e inermes nativas. Goibúsani no quiso saber más; Sobrecogido de horror por las abusivas violaciones, abominadas por el pueblo de sus mayores, partió a todo correr hacia su lejana aldea. El miedo a los extraños venció su temor al castigo.

Diez años son mucho tiempo para que una co-

munidad se acuerde que robaron un pequeño arco y algunas flechas, máxime cuando el mismo día se desbordó el río inundando la región. La tribu, ocupada en proteger sus preciosas reservas de frijol y maíz, había otorgado poca importancia a la desaparición de un inútil adolescente huérfano. Sus hermanas, pensando que Goibúsani había perecido en la inundación; derramaron dos o tres lágrimas, lanzaron unos cuantos lamentos de compromiso y suspiraron aliviadas al verse aligeradas de la ingrata carga: "Pobrecito mi hermano, tan inservible él...", dijeron.

La comunidad recibió a Goibúsani con muestras de alegría, sus hermanas se alegraron de verlo sano, salvo, desarrollado... y en posesión de un cuerpo con poderosos músculos para trabajar y mantenerlas.

Caama había muerto y el nuevo jefe de la tribu era su hijo Yó'oco quien jamás había olvidado a su víctima juvenil; estaba seguro que Goibúsani había robado sus hermosas armas

de caza pero si ahora se enfrentaban, la impresionante musculatura de su viejo enemigo le indicaba quién tendría la ventaja. Había aprendido a ser prudente, así que llamó a su consejo de ancianos el cual, con reflexiva parsimonia, le aconsejó olvidarse de las fantasías del reaparecido pero Yo'óco era un jefe valeroso y decidió armar una expedición de guerreros. Él mismo acompañaría a Goibúsani. Si lo que contaba era cierto, un grave peligro acechaba a su pueblo y era imperioso enfrentarlo; si por el contrario era una invención, lo acusaría de mentiroso y le haría cargos por el robo de sus armas. En el camino encontraron a un fuerte grupo de guerreros tetamuchalas que venían por ayuda para vengar a sus mancilladas hijas y hermanas.

Goibúsani los guió entre choyales y médanos hasta un lugar en que divisaron el vivac de los intrusos. Los marineros festejaban con burlescas risotadas la cobarde incursión donde abu-

saron de las jovencitas jactándose, cada uno por su parte, de haber escogido la más hermosa. Les tenía muy sin cuidado que dentro de su tienda de campaña, el jefe de la expedición Diego Hurtado de Mendoza estaba dictando, al viejo capellán de su nave, el acta de pormenorizada de los hechos haciendo responsable de amotinamiento al contraamaestre, un fornido catalán quien tenía fama de haber sido pirata.

Yo'óco, contando con su gran superioridad numérica decidió atacar a los brutales recién llegados. El combate fue una verdadera carnicería, las afiladas espadas que blandían los hombres barbados penetraban sin dificultad en los cuerpos desprotegidos de los indígenas y los arcabuces, disparando a quemarropa sus cargas de plomo y metralla, hacían estragos entre los atacantes. No obstante que las flechas, lanzas y mazos de los naturales causaban a cada momento nuevas bajas

entre los peninsulares, hubo un momento en que la batalla comenzó a favorecer a los extranjeros. La superioridad de su armamento les daba enorme ventaja.

Fue entonces cuando una mirada bastó para que Yo'oco y Goibúsani se entendieran y, en un arranque de supremo arrojo, penetraron codo con codo hasta el centro mismo de la tropa española. Un disparo del contramaestre hispano deshizo el torso de Yo'oco pero, en el embate, el osado caudillo había logrado seccionar, con su cuchillo de obsidiana, la yugular del gigantesco marino. No muy lejos, traspasado por enjorada espada toledana, en el último estertor de su agonía Goibúsani clavó su lanza en el corazón mismo del rubio comandante español.

Los hispanos fueron aniquilados. No hubo ningún sobreviviente para escribir la crónica de la masacre. Guasaves y Tamazulas regresaron a sus comunidades y durante muchas lunas los

jóvenes, sentados alrededor de las fogatas, escucharon contar a los ancianos la saga de los dos guerreros que decidieron la victoria con heroica bravura.

)

)

)

)



## Q U I L Á

En México, homicidas, asaltantes, secuestradores y otros transgresores de la Ley eluden fácilmente la justicia; esta circunstancia es generada básicamente por la corrupción que impera en el sistema de procuración e impartición de justicia, pero también por una lamentable deficiencia en los sistemas de probanza. Muchos delincuentes cuya culpabilidad es pública y notoria, cuando son llevados a juicio obtienen sentencias leves o absolutorias por la incapacidad policial para presentar pruebas sólidas. Hay buenos investigadores, pero casi siempre sus técnicas son deficientes, elementales y en ocasiones improvisadas. No puede negarse que últimamente se han establecido institutos para profesionalizar el recurso humano de las procuradurías de justicia, pero generalmente este carece de medios técnicos y elementos científicos modernos. Los laboratorios forenses son escasos y los presupuestos para montarlos son exiguos. Por último hay que mencionar que

es casi imposible obtener testimonios confiables en los juicios penales pues el poder del hampa es aterrador. Para castigarlos queda, sin embargo, otra salida: eliminar de este mundo a los malhechores.

Soy agente federal adscrito a la Séptima Unidad Antisubversiva y estoy clasificado como tirador experto. En mi hoja de servicios consta una larga lista de maleantes eliminados con disparos de alto poder. Estas muertes jamás han sido aclaradas y se han archivado como ejecuciones entre organizaciones criminales.

A principios del mes pasado el coronel De Santiago, jefe del grupo "Combate a la guerrilla urbana", a la cual pertenezco, me encomendó una delicada misión: Eliminar a un virulento dirigente estudiantil apodado *Gerardo*, uno de los responsables de aquellos trágicos disturbios ocurridos el 68, hace cinco años. De acuerdo con informes recibidos, el sujeto mencionado estaría en la concentración masiva de jóvenes

que acudirían a participar en un acto luctuoso en recuerdo de los caídos el fatídico 2 de Octubre. A tres años de una nueva campaña electoral, las fuerzas políticas iniciaban la búsqueda de posiciones de ventaja. Por su parte el Presidente de la República favorecía abiertamente movimientos populistas contra la iniciativa privada, bastión de los más fuertes opositores al régimen y había fuertes rumores de que propiciaba un estado de ingobernabilidad para mantenerse en el poder. El agitador en mención se había puesto muy exigente y era necesario *borrarlo* pues representaba un serio peligro para los planes del *Hombre Fuerte*. Esta acción seguramente provocaría una violenta respuesta de los estudiantes, por cierto muy conveniente en esos momentos.

De noche, vestido como mozo de limpieza, entré al edificio donde el grupo tenía un departamento de seguridad. Las instrucciones eran de

rutina: no abriría las ventanas, las cortinas permanecerían cerradas constantemente y jamás debería salir del departamento, ni siquiera a los pasillos; es decir debería evitar que alguien me detectase. Cada tercer día elementos del grupo me surtirían de comida fresca, revistas, libros, discos y periódicos. Me instalé con toda calma; el sitio tenía muebles cómodos, radio de onda corta, televisor y aparato de alta fidelidad; todo se escuchaba solamente con audífonos. Había un gran refrigerador repleto de alimentos y un enorme clóset, surtido con ropa muy diversa: monos de trabajo con logotipos comerciales, overoles manchados de grasa; sacos y pantalones viejos, varios trajes, algunos limpios y planchados, otros sumamente sucios, ajados y malolientes, uniformes militares y policiales, playeras raídas, un elegante *smoking* y hasta una sotana. También había paraguas, portafolios y diversos objetos de mano; entre la ropa para dama, había uniformes de enfermera, de mesera, hábitos de diferentes órdenes religiosas, una

caja con minifaldas de varios colores, algunos austeros trajes sastre y un lujoso *ensemble du soiree*. Un buen guardarropa para disfrazarse.

Como siempre he sido un hombre metódico y sereno, el aislamiento me permitió leer algunos libros siempre postpuestos; pero ante todo escuchar con tranquilidad obras de Bach y otros compositores de música barroca; además, diariamente realizaba rutinas de ejercicios para no perder mi excelente condición física y mantener los músculos flexibles. Disponía de tiempo para todo.

Una madrugada, después que mis proveedores se retiraron, escuché en la puerta los toques en clave que solamente conocíamos Salvador y yo. Entró una atractiva joven. Morena clara, de profundos ojos oscuros, lindas piernas y cuerpo bien proporcionado. Vestía una blusa negra y falda estrecha.

-"Vengo a hacerte compañía. Dice Salvador

que nadie debe saber que estoy aquí. Cuando alguien venga me esconderé en el clóset de la utilería. Me llamo Quilá.” –

No dijo más. Buscó un cobertor, apagó la luz y se acostó en el sofá-cama.

Por la mañana, mientras preparaba el desayuno, me explicó el origen de su nombre: Su padre se desempeñaba como guardavías en la estación ferrocarrilera de Quilá, Sinaloa, donde se venera una imagen de la Virgen de Loreto, a la cual llaman *la Virgen de Quilá*; ahí nació y le pusieron el nombre de la Patrona del pueblo. Cuando las luchas sindicalistas de Vallejo, el guardavías, hombre chapado a la antigua, tomó partido contra éste y murió a consecuencia de las lesiones recibidas en un enfrentamiento. Ella, adolescente todavía, había presenciado la salvaje golpiza y quedó marcada con odio profundo hacia los provocadores callejeros que golpearon a su padre. Todavía tenía grabada en su retina las facciones de un mozalbete cuyo rostro, con el mote de *Gerardo*, había surgido unos años después en los movimientos estu-

diantiles del 68.

Pasé unos días realmente agradables. Quilá era muy buena conversadora, tenía una sólida cultura, había leído bastante y coincidíamos en nuestros gustos musicales aunque ella prefería a Vivaldi y yo a Bach. Evidentemente ella tenía estudios universitarios pero cuando le conté que había sido incorporado al grupo 32 cuando cursaba mi maestría en Estética Medieval, ella solamente dijo "A mí me reclutaron en Sinaloa".

Considerando la, digamos, especialidad a la cual me dedico, le pareció lógico me apasionara la cacería; examinó con ojos expertos mi poderosa carabina Máuser, modificada por un viejo trabajador de la Fábrica Nacional de Armas. Ese rifle, poco impresionante pero extraordinariamente preciso, había sido mi fiel compañero durante años; sus balas siete milímetros habían ajusticiado a quien me ordenaba el coronel De Santiago sin fallar jamás; le extrañó, sin embargo, que fuese un arma relativamente corta y no

un fusil más largo.

- Las armas cortas se manejan con más comodidad en las zonas boscosas, además es más fácil esconderlo- Expliqué.

- Por cierto tengo un regalo para ti.- Sacó de su bolso una hermosa automática Browning 9 milímetros y me la entregó.

En los días siguientes la presión comenzó a subir. Estar junto a una mujer joven, bella y atractiva siempre es inquietante, pero mucho más si el espacio es pequeño y la mutua compañía es ineludible.

La víspera del 2 de octubre, no podía conciliar el sueño. En las diferentes ocasiones en las cuales había realizado esta clase de trabajos, jamás había estado nervioso, pero esa noche me sentía inusitadamente tenso. Reflexioné: era indudable que mi estado de ánimo no se debía a la inminente *cancelación* del sujeto señalado. La cercanía de la hermosa morena me impedía concretar el pensamiento. Estaba perdiendo mi

proverbial serenidad ¡y por la mañana tenía la responsabilidad de ejecutar al estorboso individuo! Tuve que aceptar que la relación con Quilá, estrecha pero solamente amistosa estaba fuera de toda lógica.

Decidí hablarle con toda claridad pero de pronto, como si hubiese adivinado mi decisión, Quilá, desnuda y fragante, estaba junto a mi cama. Tomándome de la mano se recostó junto a mí, amorosamente suave, cariñosamente dulce. Aunque la biología es poderosa en sus exigencias, disfruté sin prisas ni excesos la tierna y deliciosa entrega.

Agradecí en mi interior al comandante De Santiago por haber enviado esa maravillosa criatura, armoniosa y delicada, que me permitió calmar la terrible impaciencia que empezaba a sentir por el prolongado, aunque necesario, confinamiento. Toda la tensión acumulada en los largos días de espera había sido sustituida

por un sentimiento de plenitud. Quilá no solo era bella sino deliciosamente femenina.

La llamada de Salvador en la puerta nos despertó, estábamos abrazados todavía. “Salvador ha de creer que ya no estoy aquí. Por favor no le reveles que todavía te acompaño”, murmuró y entró clóset como siempre que alguien llegaba. Salvador me dio una fotografía. Con su acostumbrado laconismo solamente dijo: “Ayer la tomaron. Entre diez y once de la mañana estará en el estrado” y se fue, deseándome suerte. Respiré tranquilizado. Ninguna palabra acerca de la joven. Bueno, valor entendido, pensé.

Antes que amaneciera Quilá limpio cuidadosamente la cortina explicándome: “No debe tener un solo grano de tierra, cualquier polvillo te puede delatar”. “Esa es mi ayudante” dije; sonrió fugazmente. Después, a obscuras, cosí la parte de arriba. Quise explicarle que solo debía abrirse lo suficiente para pasar el rifle y la mira pero,

antes de que le hablara, con voz apagada, extrañamente fría, dijo: “Ya lo se”.

Preparé mi Máuser, introduje un peine de cinco cartuchos con balas expansivas, cubrí con tela gris, del mismo color que la cortina, las partes del arma que estarían visibles y me vestí con un suéter gris, pasamontañas de estambre gris, guantes de hilo, también gris.

-“Las precauciones nunca están de más” le dije a Quilá.

- “Pareces asesino” replicó esbozando una sonrisa leve, breve, casi aleve.

Ahora estaba tranquilo, mi rifle estaba afinado, la distancia era ideal. Jamás había errado un tiro importante. No fallaría ahora, estaba seguro.

Pronto amaneció. Durante la noche los carpinteros habían levantado una plataforma en la plaza donde centenares de inquietos jóvenes esperaban el comienzo de los actos conmemorativos al tiempo que poderosos amplificadores atronaban con porras y consignas de los preparadores

de ambiente.

Encabezando una tumultuosa manifestación estudiantil, apareció *Gerardo*, rodeado de guardaespaldas, puntual para su cita con la muerte. “Deben ser unos diez mil”, pensé. “No” dijo ella, “*son catorce mil*” me le quedé mirando. “Tu mente es como un libro abierto Raúl; te adivino el pensamiento” dijo con voz cautivadora. Un segundo después había olvidado sus palabras.

El momento se aproximaba. Saqué el cañón del rifle por la abertura de la cortina. No quería delatarme con un movimiento apresurado.

“Raúl” dijo Quilá con un susurro “ten cuidado, me pareció que algo brilló en una ventana del edificio de enfrente”.

“Gracias Quilá. No le despegues la vista.”

*Gerardo* subió al estrado y, extendiendo los brazos, pidió silencio. Disparé. La bala entró por su parietal izquierdo y reventó por el otro lado en una flor de huesos y tejido cerebral.

Una fracción de segundo después de haber accionado el gatillo, Quilá se irguió y me dio un empujón. Mientras caía escuché el estampido de un disparo. El proyectil, atravesando la gruesa cortina, le dio en mitad del pecho. La despedazó. “Ojiva con núcleo de mercurio” me dije. No había nada qué hacer. Me quité el pasamontañas, arrojé a un rincón el suéter, los guantes y, colocando la Browning nueve milímetros bajo el cinturón por detrás de la cintura, la oculté bajo mi camisa, bajé por la escalera de servicio y desaparecí, gris, entre la desordenada multitud.

Por la noche Salvador me trajo a casa en su bimotor. Reventaba de gusto por el resultado del operativo. “Felicitaciones Raúl, fue un tiro certero” dijo sonriente y agregó: “Alcanzamos a *lim-*

*piar* el departamento antes que llegara la chusma. Aquí traigo tu querido Máuser.”

En vez de darle las gracias le pregunté “¿Salvador, qué hiciste con el cuerpo de la muchacha?

Al contestarme, su voz reveló sincera extrañeza “¿Cual cuerpo Raúl?”.

Un hálito helado recorrió mi espina dorsal.

“No te hagas tarugo; el de Quilá, la joven que enviaste para hacerme compañía”

¿Quilá? No Raúl, no te mandé a nadie; es mas, no tengo bajo mi mando a ningún elemento con ese nombre. Espera... Sí, sí tuve una agente llamada Quilá. Sinaloense, morena, joven, muy voluntariosa y decidida. En ese mismo departamento nos la mataron, hace cinco años.





# INDICE

Prólogo	I
¡Mi General!	1
Goibúsani	25
Quilá	45







Tres cuentos es una tercia textos breves del cronista de Guasave, Sinaloa, Manuel de Atocha Rodríguez Larios, "el artesano de la pluma" como modestamente se auto-nombra

Usualmente Rodríguez Larios escribe cuentos cortos y se enteró tarde del Concurso Estatal de Cuento "Mocorito 2005" organizado por la Fundación "Dr. Enrique Peña Gutierrez" A. C., por lo cual consideró difícil redactar un texto de 30 cuartillas, extensión mínima exigida por la Convocatoria; así, pues, tomó la decisión de enviar al concurso tres cuentos que ya había pulido y revisado cuidadosamente desde algún tiempo atrás.

El primero de ellos "¡Mi general!", entrelaza dos personajes ficticios dentro de algunos pasajes de la vida del Rafael Buelna, general revolucionario oriundo, por cierto, de Mocorito, en cual pone de relieve el valor y lealtad de los soldados buelnistas. Con estos elementos don Manuel nos ofrece un cuento bien logrado, cuyo sorpresivo e irónico final tiene el sello del Autor. El segundo cuenta la saga de un ideal indígena yorem'me, quien tiene oportunidad de participar en el aniquilamiento de un grupo de españoles que naufragara a principios del siglo XIV - hecho histórico - en las costas del norte de Sinaloa. Cierra la tercia una fantasía donde un francotirador de grupo antiguerrilla ejecuta una misión político-criminal, secuela de la masacre del 10 de octubre del 68.

El escritor confiesa haberse sorprendido un tanto al haber sido premiado pues confiesa haberlos enviado "con las costillas apretadas", ya que aparentemente no tienen unidad temática. Sin embargo los tres rescatan situaciones representativas de algún momento de la historia de México y todos, como es característico del autor, tienen un fondo derivado de cuidadosas investigaciones bibliográficas.

Los Tres Cuentos están relacionados, de alguna manera con Sinaloa, razón por la cual dedicamos este breve volumen a los lectores de éste fértil jirón de la Patria.